

inmensa concordia universal y poner al género humano al nivel del derecho?

Estas guerras traen la paz. Inmensa fortaleza de preocupaciones, de privilegios, de supersticiones, de abusos, de violencias y de iniquidades, se mantiene aun en pié sobre el mundo, irguiendo sus torres de odio, y es preciso derribarla. Es grandioso vencer en Austerlitz, pero aun lo es más tomar la Bastilla.

Esto era lo que Mario estaba meditando.

Al mismo tiempo que meditaba decaído, pero resuelto, vacilando esto no obstante y tembloroso, sus ojos penetraban en el interior de la barricada. Los insurrectos estaban hablando en voz baja y sin moverse en el semisilencio que distingue la última fase de la espera. Encima de ellos, en una ventana del tercer piso, Mario divisaba á un espectador ó testigo que parecía singularmente absorbido; era el portero que Cabuc había matado. Desde bajo, á la luz de la antorcha, que se sostenía entre adoquines, se dibujaba vagamente la cabeza. Era cosa extraña ver á la claridad sombría é incierta aquella faz lívida, inmóvil, asombrada, con el pelo erizado, con los ojos abiertos y fijos, con la boca entreabierta, que se inclinaba hácia la calle como mirando con curiosidad. Parecía que el muerto contemplase á los que iban á morir.

Largo rastro de sangre, manando de aquella cabeza, corría en hilos rojizos desde la ventana hasta el primer piso, en el que desaparecía.

LIBRO DÉCIMO CUARTO

Grandezas de la desesperacion.

I.

La bandera.—Acto primero.

Das diez estaban dando en el reloj de Saint-Merry.

Enjolras y Combeferre se sentaron con la carabina en la mano cerca de la cortadura de la barricada más grande: no hablaban, escuchaban en medio del silencio sordo.

Súbitamente, en la calma lúgubre que allí reinaba, se oyó una voz clara, alegre y jóven, que venía de la calle de San Dionisio, y que cantaba con la mú-

sica de una canción popular antigua esta letra, que terminaba por un grito semejante al cacareo del gallo.

*Las narices me lloran,
buen amigo Bugaud;
préstame tus gendarmes,
les daré una lección:
con capote azulado
y con un gran chacó
se van por las afueras;
coco-cocoricó!...*

—Es Gavroche, dijo Enjolras.

—Sí; es que nos avisa, añadió Combeferre.

Precipitada carrera turbó el silencio de la desierta calle: Gavroche saltó con la agilidad del clown por encima del omnibus y cayó en medio de la barricada, sofocado y gritando:

—Mi fusil! Están ya ahí!...

Extremecimiento eléctrico recorrió toda la barricada, y todos tomaron los fusiles y se prepararon.

—Quieres mi carabina? preguntó Enjolras al pilluelo.

—Quiero un fusil grande, contestó éste, y se apoderó del de Javert.

Casi al mismo tiempo que entró Gavroche se retiraron dos centinelas, el de la esquina de la calle y el vigía de la de Petite-Truanderie; el de la esquina de la calle de Predicadores se quedó en su puesto, lo que indicaba que no venía nadie por la parte de los Puentes y del Mercado.

La calle de la Chanvrerie, de la que apenas se veían algunos adoquines al reflejo de la luz, que se proyectaba sobre la bandera, presentaba el aspecto de un gran pórtico abierto en una humareda. Cada uno de los insurgentes se había colocado en su sitio de combate.

Cuarenta y tres de los combatientes, entre los que estaban Enjolras, Combeferre, Courfeyrac, Bossuet, Joly, Bahorel y Gavroche, se arrodillaron en la barricada grande, con las cabezas á flor del parapeto y con los cañones de los fusiles y de las carabinas apuntando á los guijarros y dispuestos á hacer fuego. Otros seis, capitaneados por Feuilly, se habían instalado en las ventanas de los dos pisos de Corinto, y desde ellas apuntaban.

Pasaron algunos instantes esperando, y luego se oyó con claridad por el lado de Saint-Leu rumor de pasos acompasados y numerosos; este rumor, débil al principio, fué convirtiéndose poco á poco en ruido sordo y sonoro, que se aproximaba con lentitud, sin hacer alto,

con continuidad tranquila y terrible. Era al mismo tiempo el silencio y el ruido de la estatua del Comendador, pero este paso de piedra tenía no sé qué de enorme y de múltiple que despertaba la idea de una multitud al mismo tiempo que la idea de un espectro. Los pasos se aproximaron, se aproximaron más y luego se detuvieron. En el extremo de la calle se oía el aliento de muchos hombres. No se veía nada, sin embargo; solo se distinguía en el fondo de la espesa oscuridad multitud de hilos metálicos, frios como agujas, casi imperceptibles, que se agitaban, pareciéndose á los indescriptibles fulgores fosfóricos que se perciben en el momento de dormirse, al través de los párpados cerrados, al llegar las primeras sombras del sueño: los producían las bayonetas y los cañones de los fusiles que alumbraba confusamente la reverberación lejana de la antorcha.

Medió una pausa, como si estuviera esperando uno y otro bando. De pronto desde el fondo de la oscuridad, una voz, que parecía más siniestra porque no se oía á nadie, gritó:

—Quién vive?

—Revolucion francesa! respondió Enjolras con acento vibrante y altivo.

—Fuego! dijo la primera voz.

Vivo y fugaz relámpago iluminó de luz rojiza todas las fachadas de la calle, como si se hubiese abierto y cerrado rápidamente la puerta de un horno. Detonación terrible estalló sobre la barricada; la bandera roja cayó al suelo. La descarga fué tan densa y tan violenta que cortó el asta, es decir, la punta de la lanza del omnibus. Las balas que habían rebotado en las fachadas de las casas penetraron en la barricada é hirieron á muchos insurgentes. Produjo impresión glacial esta descarga. El ataque fué tan violento, que pareció grave á los más atrevidos; era indudable que lo menos tenían que luchar con un regimiento.

—Compañeros, les gritó Courfeyrac, no gastemos la pólvora en balde. Esperemos á que entren en la calle á hacer fuego.

—Ante todo, dijo Enjolras, izemos otra vez la bandera.

Precisamente había caído á sus piés y la levantó.

Oíase á lo lejos el ruido de la baqueta de los fusiles de los soldados, que cargaban las armas.

Enjolras gritó preguntando:

—¿Hay aquí algún hombre de corazón? ¿Quién se atreve á clavar la bandera en lo alto de la barricada?

Ninguno contestó. Era arriesgadísimo hacer lo que pretendía Enjolras en aquellos momentos; era casi ir á la muerte, y el más valiente vacilaba.

Enjolras mismo se estremecía, pero repitió:

—Nadie se atreve?

II.

La bandera.—Acto segundo.

Desde que los insurrectos llegaron á Corinto y empezaron á construir la barricada, nadie se acordaba ya del señor Babeuf, que, sin embargo, no había abandonado el grupo. Entró en el piso bajo de la taberna y se sentó detrás del mostrador. Estaba allí tan ensimismado que parecía que no veía ni pensaba. Courfeyrac y otros se acercaron á él para decirle que allí corría gran peligro, que se fuese, pero él ni siquiera les oyó. Cuando nadie le dirigía la palabra movía los labios como si contestara á alguien, y en cuanto le hablaban permanecían inmóviles y sus ojos se apagaban.

Horas antes de que atacasen la barricada tomó una postura que aun no había abandonado; colocó las dos manos sobre las rodillas y la cabeza inclinada hácia adelante, como si contemplase un abismo. Nada podía distraerle de esta actitud; no parecía pensar en la barricada.

Cuando cada cual ocupó su puesto de combate, solo quedaron en la sala baja de la taberna Javert, atado al poste, un insurgente con sable desnudo custodiándole y el señor Babeuf. Cuando éste oyó la inmensa detonación del ataque de la barricada, le conmovió una sacudida física, y como si se despertase, se levantó bruscamente, atravesó la sala y apareció en la puerta del figon en el momento en que Enjolras repetía la pregunta:

—No se atreve nadie?

La presencia del anciano hizo conmover á los insurrectos y salían de todas partes estas exclamaciones:

—Es el convencional! es el votante! es el representante del pueblo!

Es muy probable que él no las oyera.

Dirigióse hácia Enjolras; los insurgentes se apartaban á su paso con religioso temor. Cogió la bandera á Enjolras, que retrocedió petrificado, y sin que nadie se atreviese á detenerle ni á auxiliarle; el

anciano de ochenta años, con la cabeza temblorosa y los piés firmes, empezó á subir lentamente la escalera de adoquines construida en la barricada. Se conmovieron todos de tal modo que gritaban:—Abajo los sombreros!

A cada escalon que subia, saliendo de la oscuridad y engrandeciéndose en la claridad sangrienta de la antorcha, con el pelo blanco, la faz decrépita, la boca asombrada y abierta y llevando la bandera roja, parecia el espectro de 1793 que salia del fondo de la tierra con la bandera del terror en la mano.

Cuando estuvo en lo alto del último escalon, cuando el fantasma tembloroso y terrible, de pié sobre el monton de escombros, ante mil doscientos fusiles invisibles, se levantó enfrente de la muerte, como si se creyese más fuerte que ella, todo en la barricada tomó en las tinieblas un aspecto colosal, sobrenatural.

Hubo entonces ese silencio que rodea á los prodigios; en medio de este silencio el anciano agitó la bandera roja y gritó:

—Viva la Revolucion! ¡Viva la República! Fraternidad! Igualdad y muerte!

Oyóse desde la barricada donde estaba la tropa cuchicheo bajo y rápido. Despues la voz vibrante que preguntó:—Quién vive? dijo:

—Retiraos!

El señor Babeuf, lívido, con la vista extraviada, con las pupilas iluminadas con fulgores lúgubres, levantó la bandera por encima de la cabeza y repitió:

—Viva la República!

—Fuego! gritó la voz.

La segunda descarga, como si fuese metralla, cayó sobre la barricada.

El anciano se dobló sobre las rodillas, despues se levantó, se le escapó la bandera de las manos y cayó hácia atrás en el suelo, inerte, á todo lo largo y con los brazos en cruz. Arroyos de sangre corrian por debajo de su cuerpo; su rostro, pálido, triste y arrugado, parecia que miraba al cielo.

Una de esas emociones superiores al hombre, que consiguen que éste se olvide de su propia defensa, sobrecogió á los insurgentes y se acercaron al cadáver con respetuoso espanto.

—¡Qué héroes han sido los convencionales! exclamó Enjolras.

—No pretendo disminuir tu entusiasmo, dijo Courfeyrac al oido de Enjolras, pero ese anciano nunca fué convencional. Yo le conocia, se llamaba el señor

Babeuf, y extraño que hoy haya obrado así, porque siempre fué un buen hombre; examínale la cabeza y lo verás.

—Tiene cara de buen hombre, pero corazon de Bruto, respondió Enjolras.

Despues levantó la voz y dijo:

—Ciudadanos, ved el ejemplo que los viejos dan á los jóvenes. Todos vacilábamos y él se ofreció; retrocedíamos y él ha avanzado. Ved lo que enseñan los que tiemblan de viejos á los que tiemblan de miedo. Este anciano es augusto á los ojos de la patria; disfrutó de larga vida y de magnífica muerte. Retiremos ahora el cadáver y que cada uno de nosotros defienda al anciano muerto como defenderia á su padre vivo; que su presencia haga que sea inaccesible la barricada.

Murmullo de enérgica aprobacion siguió á estas palabras.

Enjolras se encorvó, levantó la cabeza del anciano y la besó en la frente con solemnidad; despues, separándole los brazos y manejándole con precaucion, como temiendo hacerle daño, le quitó la levita, enseñó sus sangrientos agujeros y exclamó:

—Esta será ahora nuestra bandera!

III.

El aviso de Gavroche.

Cubrieron el cadáver del anciano con un pañuelo negro, viejo, de la viuda Hucheloup; seis hombres hicieron con los fusiles una camilla de campaña, colocaron en ella el cadáver y, descubiertos, le llevaron con solemne lentitud á la mesa grande de la sala baja.

Los insurrectos, á pesar de estar tan comprometidos en la grave y sagrada revolucion, no pensaban en el peligro que corrian.

Cuando el cadáver pasó cerca de Javert, que continuaba impassible, Enjolras dijo al espía:

—Y tú en seguida!

Entre tanto Gavroche, único que no habia abandonado su puesto, estaba observando y creia ver algunos hombres que se aproximaban como lobos á la barricada.

De repente gritó:

—Desconfiad!

Courfeyrac, Enjolras, Juan Prouvaire, Combeferre, Joly, Bahorel, Bossuet y todos los demás salieron tumultuosamente de la taberna al oír el aviso.

Apenas era ya tiempo.

Veíase gran espesor de bayonetas ondulando por encima de la barricada. Los granaderos de la Guardia municipal penetraban en ella, unos saltando el ómnibus, otros por la cortadura, y empujaban al pilluelo, que retrocedia sin huir.

Era el instante crítico, el minuto primero y terrible de la inundacion, en el que el rio se eleva al nivel de sus barreras y el agua empieza á infiltrarse por las hendiduras de los diques. Si tardan un minuto más hubieran perdido la barricada.

Bahorel se lanzó sobre el primer guardia y lo mató de un tiro á quemaropa con la carabina; pero el segundo guardia mató á Bahorel de un bayonetazo. Otro derribó al suelo á Courfeyrac, que gritaba:—A mí!

El guardia más alto se dirigia contra Gavroche con la bayoneta calada. El pilluelo cogió el enorme fusil de Javert, apuntó al gigante, dejó caer el gatillo, pero el tiro no salió.

El guardia municipal se echó á reir y levantó la bayoneta contra el muchacho, pero antes de tocarle con ella en el cuerpo, el fusil se escapó de las manos del guardia y cayó de espaldas, herido de un balazo en medio de la frente. Otra bala hirió en el pecho al otro guardia que habia derribado á Courfeyrac.

Las habia disparado Mario, que acababa de entrar en la barricada.

IV.

El barril de pólvora.

Mario, oculto en el recodo de la calle de Mondetour, habia presenciado la primera fase del combate irresoluto y tembloroso, pero no pudo resistir mucho tiempo al vértigo misterioso y soberano que se puede llamar atraccion del abismo.

Ante la inminencia del peligro, ante la muerte de Babeuf, que era para él un enigma; ante Bahorel muerto, ante Courfeyrac que gritaba:—“A mí!;” ante aquel muchacho amenazado, ante sus amigos, que debia socorrer ó vengar, se desvanecieron sus vacilaciones y se lanzó á la pelea con las dos pistolas en las manos.

Su primer tiro salvó á Gavroche y su segundo tiro á Courfeyrac; al oír los tiros y los gritos de los guardias heridos, la columna habia subido al parapeto, en cuya cumbre se veia sobresalir de medio

cuerpo y en tumulto guardias municipales, soldados de línea y guardias nacionales de las afueras con el fusil en la mano. Cubrian ya más de dos tercios de la barricada, pero no saltaban dentro, como si temiesen caer en algun lazo. Miraban á la barricada como si mirasen una cueva de leones; la luz de la antorcha solo iluminaba las bayonetas, las gorras de pelo y la parte alta de las caras inquietas é irritadas.

Mario estaba ya desarmado; habia tirado al suelo los cachorrillos disparados, pero habia divisado el barril de pólvora en la sala baja, cerca de la puerta del bodegon; al volverse para mirar á ese sitio, le apuntó un soldado, pero instantáneamente una mano agarró el fusil y le tapó la boca. Quien esto hizo era el obrero jovencillo de blusa y de pantalon de pana. Salió el tiro, que atravesó la mano de éste y acaso tambien el cuerpo, porque cayó en tierra sin que la bala tocase á Mario. Esto pasó en medio del humo, y fué más vislumbrado que visto. Mario, que entraba al mismo tiempo, lo notó apenas: habia creido ver, sin embargo, que un fusil le apuntaba, que lo tapó una mano, y habia oido el tiro; pero como en semejantes momentos todo lo que se vé es vacilante y precipitado, todo es sombra, nada nos detiene, y nos sentimos impulsados hácia otra sombra mayor.

Aunque fueron sorprendidos los insurrectos, luego se habian reorganizado valerosamente. Enjolras les decia:—“Calma! No tirar al acaso!;” porque si les dominaba la confusion podian herirse unos á otros. La mayoría de ellos estaba en la ventana del primer piso y en las boardillas del bodegon, desde donde dominaban á la tropa.

Los más temerarios, con Enjolras, Courfeyrac, Juan Prouvaire y Combeferre, estaban recostados en las casas del fondo, á cuerpo descubierto, y hacian frente á las filas de soldados que coronaban la barricada; así se colocaron sin precipitacion, con la gravedad extraña y amenazadora que precede al combate.

Por ambas partes se apuntaban casi á boca de jarro; estaban tan cerca, que podian hablarse al alcance de la voz. Cuando llegó el momento de hacer fuego, un oficial con gola y grandes charreteras extendió la espada y dijo:

—Rendid las armas!

—Fuego! contestó Enjolras.

Las detonaciones de ambas partes se oyeron al mismo tiempo, y todo desapa-

reció entre una nube de humo; humo acre y sofocante, en medio del que se arrastraban dando gemidos débiles y sordos los heridos y los moribundos. Cuando se disipó el humo se vió á los combatientes de ambos bandos disminuidos, pero en el mismo sitio, y cargando las armas silenciosamente.

De repente una voz tonante gritó:

—¡Retiraos, ó hago volar la barricada!

Todos se volvieron hácia el punto de donde salió la voz.

Mario había entrado en la sala baja y había cogido el barril de pólvora; despues se aprovechó del humo y de la especie de oscura niebla que llenaba el espacio cerrado para deslizarse á lo largo de la barricada hasta el nicho de adoquines, donde estaba la antorcha. Cogió esta, poner en el lugar que ocupaba el barril de pólvora, empujar la pila de adoquines sobre el barril, cuya tapa se abrió inmediatamente con una especie de obediencia terrible, fué para Mario operacion de un minuto.

Durante la operacion, todos, guardias nacionales, municipales, oficiales y soldados, apelonados en el otro extremo de la calle, le veían con estupor poner el pié sobre los adoquines, llevar la antorcha en la mano, la antorcha que iluminaba su fisonomía altiva, que expresaba resolucion fatal, inclinar la llama del hachon hácia el promontorio terrible, en el que se divisaba el barril de pólvora roto, y á Mario lanzar el grito aterrador:

—¡Retiraos, ó hago volar la barricada!

Mario representaba allí, despues del octogenario, la vision de la juventud revolucionaria despues de la aparicion de la vejez.

—Quieres volar la barricada? exclamó un sargento. Tú volarás tambien!

—Yo tambien, respondió Mario.

Y acercó la mecha al barril de pólvora. Pero ya no había nadie sobre el parapeto.

Los asaltadores, abandonando sus heridos y sus muertos, se retiraron atropelladamente hácia el extremo de la calle, perdiéndose en la oscuridad. Aquello fué un "sálvese el que pueda".

La barricada quedó libre.

V.

Juan Prouvaire.

Todos sus amigos rodearon á Mario. Courfeyrac le echó los brazos al cuello.

—Tú aquí! le dijo.

—Qué fortuna! exclamó Combeferre.

—Llegaste á tiempo, añadió Bossuet.

—Si no es por tí me matan! repuso Courfeyrac.

—Y á mí me zampan, dijo á su vez Gavroche.

—Quién es el jefe aquí? preguntó Mario.

—Tú, le contestó Enjolras.

Mario, que sintió todo el dia arder un volcan en su cerebro, ahora sentia un torbellino, que le ponía fuera de sí y le arrebatava. Se creía estar á inmensa distancia de la vida. Le parecia pesadilla monstruosa, despues de dos meses de amor y de alegría, ir á parar bruscamente á aquel horrible precipicio; ver á Cosette perdida para él; la barricada, el señor Babeuf dejándose matar por la República, y encontrarse él mismo convertido en jefe de los insurrectos. Tenia que hacer supremo esfuerzo de voluntad para convencerse de la realidad de todos estos acontecimientos.

Mario había vivido poco aun para saber que nada hay tan inminente como lo imposible y que lo que hay que prever es lo imprevisto. Asistía á su propio drama como á una escena incomprensible.

La bruma que envolvía su pensamiento no le dejó conocer á Javert, que permanecía atado al poste sin hacer el menor movimiento de cabeza durante el ataque de la barricada, y que veía agitarse la rebelion á su alrededor con la resignacion del mártir y con la majestad del juez. Mario ni le vió.

Entre tanto, los salteadores no avanzaban; se les oía andar y hormigear al final de la calle, pero no se aventuraban al asalto, ya porque esperaran órdenes, ya porque aguardasen recibir refuerzos antes de atacar el inaccesible reducto. Los insurrectos habían puesto centinelas, y algunos que eran estudiantes de medicina curaban á los heridos.

Sacaron todas las mesas fuera del bodegon, excepto dos, que destinaban para poner las hilas y los cartuchos, y otra en la que estaba tendido el cadáver del anciano; las agregaron á la barricada, poniendo en su lugar los colchones de las

camas de la tia Hucheloup y de las criadas, en cuyos colchones estaban acostados los heridos.

En cuanto á las tres mujeres que vivían en Corinto, no se sabía dónde estaban, hasta que las encontraron escondidas en la bodega y como aletargadas. Esto dió ocasion á Bossuet para exclamar:

—Al fin mujeres!

Una dolorosa emocion entristeció la alegría de haber recobrado el parapeto. Pasaron lista y faltaba uno de los insurrectos más queridos, uno de los más valientes: Juan Prouvaire. Le buscaron entre los heridos y entre los muertos y no le encontraron; sin duda había caído prisionero.

Combeferre dijo á Enjolras:

—Nos han prendido al amigo, pero el agente de policía es nuestro. ¿Tienes empeño en la muerte del polizonte?

—Sí, respondió Enjolras, pero menos interés que en la vida de Juan Prouvaire.

Esto pasaba en la sala baja cerca del poste que retenía á Javert.

—Pues bien, contestó Combeferre, ataré el pañuelo al baston, me presentaré como parlamentario y les ofreceré el canje de su hombre por el nuestro.

—Espera, le dijo Enjolras, poniendo la mano sobre el brazo de Combeferre.

Oíase al extremo de la calle crujido de armas significativo; despues una voz vigorosa gritó:

—Viva Francia! Viva el porvenir!

Conocieron que era la voz de Juan Prouvaire. Brilló y pasó un relámpago y oyóse una detonacion. Luego volvió á reinar el silencio.

—Le han matado! exclamó Combeferre.

Enjolras miró á Javert y le dijo:

—Tus amigos acaban de fusilarte!

VI.

La agonía de la muerte despues de la agonía de la vida.

Es la particularidad de esta clase de guerra, que el ataque de las barricadas se verifique casi siempre de frente y que los agresores se abstengan de rodear las posiciones, ya por temor á emboscadas, ya por temor á meterse en calles tortuosas.

Los insurgentes fijaban toda su atencion en la barricada grande, que era el

punto donde infaliblemente tenia que volver á empeñarse la lucha.

Mario pensó, sin embargo, en la barricada pequeña; fué allí y se la encontró desierta, vigilada únicamente por temblorosa lamparilla. La calle Mondetour y las encrucijadas de la Petite-Truanderie y del Cisne estaban profundamente tranquilas.

Cuando despues de la visita de inspeccion se retiraba Mario, oyó una voz débil que le llamaba:

—Señor Mario!

Esta voz le estremeció, porque era la misma que le llamó dos horas antes por la verja de la calle Plumet.

Pero ahora era casi imperceptible. Miró á su alrededor y no vió á nadie.

Entonces creyó Mario que sufría una alucinacion; que fué aquello una ilusion suya, que se había mezclado á las extraordinarias realidades que pasaban ante su vista, y dió un paso para salir del profundo recodo en que estaba construida la barricada.

—Señor Mario! repitió la misma voz.

Ahora ya no podía dudar, la había oído con claridad: miró y no vió á nadie.

—Estoy á vuestros piés, dijo entonces la voz.

Mario se inclinó y en la oscuridad distinguió un bulto que se arrastraba, acercándosele, y que le hablaba.

La lamparilla le permitió entrever una blusa, un pantalon roto, de pana, unos piés descalzos y algo parecido á un mar de sangre.

Mario divisó un semblante cadavérico que se erguía hácia él y oyó que le preguntaban:

—Me conoceis?

—No.

—Soy Eponina.

Mario se encorvó rápidamente hasta ella: era, en efecto, la desdichada jóven, vestida de hombre.

—Cómo es que estais aquí? ¿A qué habeis venido?

—Me muero, dijo ella.

Hay palabras é incidentes que despiertan al hombre más decaído.

Mario exclamó sobresaltado:

—Estais herida! Esperad! Voy á llevaros á la sala baja y allí os curarán. ¿Es grave la herida? Decidme cómo os he de llevar para no haceros daño. ¿Padeceis mucho? Pero, Dios mio! ¿á qué habeis venido aquí?

Trató de pasar el brazo por debajo

de Eponina para levantarla; al hacerlo se encontró con su mano.

Ella lanzó un grito débil.

—Os hice daño? preguntó Mario.

—Un poco.

—Únicamente os toqué la mano.

Eponina la acercó á los ojos de Mario y le enseñó en ella un agujero negro.

—¿Qué teneis ahí?

—Tengo la mano atravesada.

—Atravesada!

—Sí.

—De qué?

—De una bala.

—Cómo fué eso?

—¿Visteis un fusil que os estaba apuntando?

—Sí, y una mano lo tapó.

—Era la mia.

Mario se estremeció de piés á cabeza.

—Hicisteis una locura!... pero eso no será nada; os llevaré, os pondré en una cama y os curarán: nadie se muere por tener la mano atravesada.

Eponina dijo entonces:

—La bala que me atravesó la mano salió por la espalda. Es inútil sacarme de aquí. Os diré cómo podeis curarme mejor que un cirujano; sentaos á mi lado en esas piedras.

Mario obedeció; ella inclinó la cabeza sobre las rodillas del jóven y le dijo sin mirarle:

—Oh, qué placer! Qué bien estoy así! Veis? ya no padezco!...

Permaneció callando un momento; despues volvió la cara hácia Mario y le miró, haciendo un esfuerzo.

—Me incomodaba que entráseis en aquel jardín; eso era una tontería, pero como precisamente yo os habia enseñado la casa, y además, yo debia conocer que un jóven como vos...

Se paró de pronto, y saltando por las sombrías transiciones que sin duda tenia en su alma, añadió con triste sonrisa:

—No es verdad que os parezco fea?

Luego continuó:

—Ya veis que estais perdido! Nadie podrá salir de la barricada. Os traje aquí y vais á morir; ya lo habia yo calculado. Sin embargo, cuando ví que os apuntaban puse la mano en la boca del fusil. He hecho una picardía y por eso queria morir primero que vos. Cuando recibí el balazo, me arrastré hasta aquí, no me han visto y no me han recogido. Os esperaba; me decia á mí misma: ¿No ha de venir? Oh! Si supiéseis!... Mordía la blusa,, padecia tanto!... Pero ahora

ya estoy bien... ¿Os acordais del dia que entré en vuestro cuarto y me miré al espejo, y del dia que os encontré en el boulevard? Cómo cantaban los pájaros! No hace de eso mucho tiempo. Me disteis cinco francos y os contesté: No quiero vuestro dinero. Recogisteis la moneda? No sois rico y no me acordé de deciros que la recogerais. Brillaba un sol hermoso; no hacia frio. ¿Os acordais, señor Mario? Oh! Qué feliz soy! ¡Todo el mundo vá á morir!

La pobre Eponina ofrecia un aspecto grave, insensato y doloroso. Por la desgarrada blusa le asomaba el cuello desnudo. Hablando, apoyaba la mano herida sobre el pecho, en el que tenia otro agujero, del que á intervalos salia una ola de sangre, como sale el vino de la abierta espita de un tonel.

Mario contemplaba á aquella desventurada con profunda compasion.

—Oh! exclamó de repente. ¡Me repite! Me ahogo!

Cogió la blusa y la mordió. Las pier-nas se le envaraban sobre las piedras.

En aquel instante el grito de gallo de Gavroche resonó en la barricada. El muchacho se habia subido sobre una mesa para cargar el fusil y entonces, alegremente la cancion popular entonces, que empezaba así:

Decian los gendarmes

al ver á Lafayette:

Huyamos! huyamos! huyamos! etc.

Eponina se incorporó para escuchar; despues dijo en voz baja:

—Él es!

Y volviéndose hácia Mario, repuso:

—Ahí está mi hermano. No conviene que me vea, porque me regañaria.

—Vuestro hermano? preguntó Mario, que se acordaba, en medio de sus dolores, de la obligacion que su padre le impuso respecto á los Thenardier. ¿Quién es vuestro hermano?

—El muchacho que canta, contestó Eponina.

Mario hizo un movimiento.

—Oh, no os vayais! le dijo. ¡Ya poco podreis estar á mi lado!...

Eponina estaba casi sentada; pero su voz era ya apenas perceptible, y la entrecortaba el hipo unas veces y el estertor otras. Acercaba todo lo que podia el semblante al de Mario. Despues de una pausa, dijo con expresion extraña:

—No quiero engañaros. Tengo desde ayer en el bolsillo una carta para vos. Me encargaron que la dejase en el cor-

reo y me la guardé, porque no queria que la recibierais. No quiero que me odieis cuando nos veamos dentro de poco, porque los muertos se vuelven á ver, no es verdad? Tomad la carta.

Cogió Eponina convulsivamente la mano de Mario con la suya herida, cuyo dolor parecia no sentir, y la metió en el bolsillo de la blusa. Mario tocó un papel.

—Tomadla, le dijo ella.

Mario tomó la carta.

Entonces Eponina hizo un signo de satisfaccion y de consentimiento.

—Ahora, por lo mucho que sufro, prometedme...

Se interrumpió y calló.

—¿Qué quereis que os prometa? preguntó Mario.

—Prometédmelo.

—Os lo prometo.

—Prometedme darme un beso en la frente cuando muera. Yo lo sentiré.

Dejó caer la cabeza sobre las rodillas de Mario y sus párpados se cerraron; él creyó que el alma habia abandonado ya el cuerpo de la desventurada jóven. Eponina quedó inmóvil, pero de repente, cuando ya Mario la creia dormida para siempre, abrió lentamente los ojos, apareciendo ya en ellos la sombría profundidad de la muerte, y dijo con un acento cuya dulzura parecia venir del otro mundo:

—Sabed, señor Mario, que creo que estaba enamorada de vos.

Probó á sonreirse y espiró.

VII.

Gavroche profundo calculador de distancias.

Mario cumplió la promesa y dió un beso en la frente lívida de Eponina, por la que corria sudor glacial. Aquel beso no era una infidelidad á Cosette, era dar un adios afectuoso y compasivo á un sér desgraciado.

Mario tomó estremeciéndose la carta que le dió Eponina; comprendió desde luego que encerraba algo grave y estaba impaciente por saber su contenido. Así es el corazon del hombre: en cuanto cerró los ojos la hija de Thenardier, solo pensó Mario en leer la carta. Dejó el cuerpo de la jóven en tierra con suavidad y se fué. Una voz interior le decia que no debia leer la carta delante de aquel cadáver.

Fué á la sala baja del bodegon y se acercó á una vela. La carta era un bille-

tito doblado y cerrado con elegante esmero. La direccion del sobre, escrita con letra de mujer, era la siguiente:

“Al señor Mario Pontmercy, en casa del señor Courfeyrac, calle de la Verrierie, núm. 16.”

Abrió el sobre y leyó:

“Estimado mio: Ay! mi padre quiere que salgamos de esta casa en seguida. Esta noche estaremos en la calle del Hombre-Armado, núm. 7, donde viviremos hasta dentro de ocho dias, que nos iremos á Lóndres.—*Cosette.*—4 Junio.”

Tal era la inocencia de estos amores, que Mario no conocia aun la letra de Cosette.

Puede referirse en pocas palabras lo que habia sucedido. Eponina tuvo la culpa de todo. Desde la noche del 3 de Junio concibió dos proyectos: hacer fracasar el golpe que intentaban dar su padre y los bandidos en la casa de la calle Plumet y separar á Mario de Cosette. Cambió de traje con el primer pilluelo que encontró, el que con mucho gusto se vistió de mujer.

Ella fué la que escribió é hizo llegar á las manos de Juan Valjean en el Campo de Marte la expresiva frase: *Cambiad de domicilio.* Juan Valjean, cuando ese dia volvió á casa, dijo á Cosette:—*Esta noche nos vamos con la tia Santos á la casa de la calle del Hombre-Armado, y la semana que viene á Lóndres.*

Cosette, aterrada por este golpe imprevisto, escribió apresuradamente á Mario dos líneas participándosele. Pero, cómo habia de echar la carta al correo? No salia sola nunca, y la tia Santos, extrañando semejante encargo, indudablemente hubiera enseñado la carta al señor Fauchelevent. Pensando en esto, Cosette vió al través de la verja á Eponina vestida de hombre, que rondaba sin cesar por los alrededores del jardín. Cosette la llamó, le dió cinco francos y la carta, encargando que la llevara en seguida á su destino; pero Eponina, como sabemos, se guardó la carta en el bolsillo. Al dia siguiente, 5 de Junio, se fué á casa de Courfeyrac á preguntar por Mario, no por entregarle la carta, sino por lo que cualquier celoso comprenderá, “para ver lo que sucedia.” Allí esperó á Mario ó á Courfeyrac solo por ver. Cuando éste le dijo:—“Vamos á las barricadas,” se le ocurrió repentinamente una idea: buscar aquella muerte como hubiera buscado otra cualquiera, y arrastrar á ella á Mario. Siguió, pues, á Courfeyrac, se informó del sitio

donde construían la barricada, y como estaba segura de que Mario acudiría allí, lo mismo que acudía todas las noches á la cita, por no haber recibido la carta, se fué á la calle Plumet, esperó á Mario, y en nombre de sus amigos le dió el aviso de que fuese á la barricada. Contaba con la desesperación de Mario al ver que Cosette había desaparecido, y se engañaba. En seguida volvió á la calle de la Chanvrière, donde ya vimos lo que hizo Mario, con la alegría trágica propia de los corazones celosos, que arrastran con su muerte al ser amado, diciendo:—"Nadie lo poseerá!"

Mario llenó de besos la carta de Cosette. Conoció que ella le amaba. Por un instante creyó que ya no debía morir; pero después reflexionó y se dijo: "Cosette parte, su padre se la lleva á Inglaterra y mi abuelo me niega el permiso para casarme; continúa para mí la misma fatalidad." Comprendió, pues, que le quedaban dos deberes que cumplir: enterar á Cosette de su muerte, enviándole el último adiós, y salvar de la catástrofe próxima que los amenazaba al muchacho que era hermano de Eponina é hijo de Thenardier.

Llevaba consigo la cartera, la misma en que escribió tantos pensamientos amorosos dedicados á Cosette; arrancó una hoja y escribió, con lápiz, estas líneas:

"Nuestro matrimonio es imposible. Mi abuelo se opone y me niega el permiso; yo nada poseo ni tú tampoco. Fui á tu casa y no te encontré: ya sabes la palabra de honor que te di: voy á cumplirla; moriré. Te amo. Cuando lleguen á tus manos estas líneas mi alma ya estará cerca de tí y te sonreirá."

No teniendo con qué cerrar la carta, dobló el papel y le puso esta dirección:

A la señorita Cosette Fauchelevent, en casa del señor Fauchelevent, calle del Hombre-Armado, núm. 7.

En cuanto dobló la carta, quedó un instante pensativo; volvió á coger la cartera, la abrió y escribió con el mismo lápiz en la primera página estas líneas:

"Me llamo Mario Pontmercy. Llévese mi cadáver á casa de mi abuelo el señor Gillenormand, que vive en la calle de las Hijas del Calvario, número 6, en el Marais."

Guardó la cartera en el bolsillo de la levita y llamó á Gavroche; el pilluelo acudió con rostro alegre y decidido.

—Quieres hacerme un favor?

—Todos los que queráis, le contestó

Gavroche; si no fuese por vos, á estas horas ya no podría estar en pie.

—Ves esta carta?

—Sí.

—Tómala. Sal al momento de la barricada (Gavroche, inquieto, empezó á rascarse la oreja), y mañana la llevarás á su destino; á la señorita Cosette, en casa del señor Fauchelevent, calle del Hombre-Armado, núm. 7.

El muchacho heroico contestó:

—¡Pero en ese tiempo podrán tomar la barricada y yo no estaré aquí!...

—No atacarán la barricada hasta el amanecer, según espero, y no la tomarán hasta el medio día.

El nuevo plazo que los agresores concedían á la barricada se prolongaba efectivamente: pasaba una de esas intermitencias frecuentes en los combates nocturnos, á las que sigue terrible encarnizamiento.

—¿No podría llevar la carta mañana por la mañana?

—Entonces ya sería tarde. Bloquearán probablemente la barricada, cerrarán todas las calles y ya no podrás salir. Vete en seguida.

Gavroche no encontró nada que replicar: se quedó indeciso y rascándose la oreja. De pronto, con uno de esos movimientos de pájaro habituales en él, cogió la carta.

—Está bien, dijo.

Y salió corriendo por la calle Mondetour.

Una idea que le había ocurrido le decidió, pero no la espuso, temiendo que Mario se opusiese á ella. Esta idea era la siguiente:

—Apenas es media noche: la calle del Hombre-Armado no está lejos; llevaré la carta en seguida y aun volveré á tiempo.

LIBRO DÉCIMOQUINTO

La calle del Hombre-Armado.

I.

Carta canta.

¿Qué son los motines de una ciudad comparados con las convulsiones del alma? En el hombre son más profundas aun que en el pueblo. Juan Valjean sentía en su interior violenta conmoción. Se volvía á abrir el abismo para

él y temblaba, como Paris, en el umbral de una revolución formidable y oscura. Pocas horas bastaron para que su destino y su conciencia se cubrieran de opacas nubes. Podía decirse de él, como de Paris: los dos principios se encuentran frente á frente; el ángel de la luz y el ángel de la noche van á luchar cuerpo á cuerpo en la orilla del abismo. ¿Cuál de ellos caerá? Quién será el vencedor?

La víspera de aquel día, Juan Valjean, con Cosette y la tía Santos, se instalaron en la calle del Hombre-Armado.

Cosette no salió de la calle Plumet sin oponer resistencia. Por primera vez, desde que vivían juntos, la voluntad de ésta y de Juan Valjean estaban en oposición; nunca hubo objeciones por parte de ella ni inflexibilidad por parte de él. La orden *cambiada de domicilio*, que dió un desconocido, alarmó á Juan Valjean hasta el extremo de convertirle en absoluto, porque se creyó descubierto y perseguido. Cosette tuvo que ceder.

Ambos llegaron á la calle del Hombre-Armado sin desplegar los labios, absorbido cada uno en meditación personal. Juan Valjean estaba tan inquieto que no veía la tristeza de Cosette, y Cosette tan triste que no veía la inquietud de Juan Valjean. Éste quiso que fuera también con él la tía Santos, que nunca abandonaba á Cosette durante las ausencias de su señor, previendo quizás que ya no habían de volver nunca á la calle Plumet.

En la mudanza, que casi era una huida, Juan Valjean solo llevó consigo la maletita olorosa que Cosette llamaba la *inseparable*. Para sacar otros bultos se necesitaban mozos de cordel, y éstos siempre hubieran sido testigos, por lo que mandó parar un coche en la calle de Babilonia y allí subieron en él, trasladándose á la calle del Hombre-Armado. Solo la tía Santos consiguió, con alguna dificultad, permiso para empaquetar alguna ropa blanca, vestidos y algunos objetos de tocador. Cosette se llevó su pupitre y su cartapacio. Juan Valjean no quiso salir del pabellón de la calle Plumet hasta la caída de la tarde, y por esto tuvo tiempo Cosette para escribir la esquelita á Mario.

Cuando llegaron á la calle del Hombre-Armado era ya completamente de noche, y al poco tiempo se acostaron silenciosos.

La nueva habitación estaba situada en un patio interior; era un segundo piso,

compuesto de dos alcobas, comedor y cocina al lado de éste, y además de un camaranchón, en el que había una cama de tijera, que destinaron para la tía Santos. El comedor era también recibidor, y separaba las dos alcobas: la habitación estaba dispuesta con todos los muebles necesarios.

La confianza se apodera de nosotros con la misma facilidad que la inquietud, porque así es la naturaleza humana: apenas entró Juan Valjean en la casa de la calle del Hombre-Armado, disminuyó su inquietud y fué disipándose por grados. Hay sitios tranquilos que obran mecánicamente sobre el espíritu. La calle era oscura, los vecinos pacíficos, y Juan Valjean sintió el contagio de la tranquilidad de aquella callejuela del Paris antiguo, tan estrecha y que estaba cerrada para el paso de los coches por una viga transversal, que sostenían dos estacas; que era sorda y muda en medio del rumor de la ciudad, que tenía luz de crepúsculo al medio día, y que era incapaz de emociones, por decirlo así. Había en aquella calle cierto olvido estancado. Juan Valjean respiró. ¿Cómo era posible dar con él allí? Su primer cuidado fué poner el inseparable á su lado. Durmió bien. Dícese que la noche aconseja y puede añadirse que tranquiliza.

A la mañana siguiente se despertó casi alegre. Parecióle bonito el comedor, que era feo y que estaba amueblado con una mesa redonda y vieja; con un aparador bajo, que tenía un espejo inclinado encima; con un sofá apolillado y algunas sillas, sobre las que descansaban los líos de ropa que trajo la tía Santos; en uno de ellos por una abertura se descubría el uniforme de guardia nacional de Juan Valjean.

Cosette mandó á la tía Santos que le entrase caldo á su cuarto, y no salió de él hasta por la tarde. A las cinco, la tía Santos, que trajinaba ocupada en sus quehaceres, puso en la mesa del comedor una ave fiambre, que Cosette, por deferencia á su padre, consintió en mirar: hecho esto, pretextando una jaqueca persistente, dió las buenas noches á Juan Valjean y se encerró en su alcoba. Juan Valjean comió un alon con apetito, y apoyado de codos sobre la mesa, serenándose poco á poco, fué recobrando su antigua seguridad. Mientras comía oyó confusamente que la tía Santos le decía:

—Señor, hay jarana en la ciudad; andan á tiros; están batiéndose en las calles,